

Los molinos, los almacenes, los utensilios y hasta la misma planta que les recuerda su esclavitud y su trabajo forzado, todo es presa de las llamas. Toda la llanura en cuanto la vista alcanza está cubierta de humo, de cenizas y de incendios. Amontonados los cadáveres de los blancos á manera de horrosos trofeos, compuestos de troncos, de cabezas, de brazos y demas miembros de hombres, de mujeres y de niños asesinados, marcan el sitio de las suntuosas habitaciones en donde reinaban el día anterior. Tal era el desquite que tomaba la esclavitud. Los reveses que sufren los tiranos siempre son horribles.

Advertidos á tiempo algunos blancos de la insurreccion por la generosa indiscrecion de los negros, ó protegidos en su fuga por la espesura de los bosques ó por la oscuridad de la noche, se habian refugiado en el Cabo. Escondidos otros con sus mujeres y niños en algunas cuevas, recibian provisiones de algunos esclavos fieles, que iban á llevárselas arriesgando para ello su vida. El ejército de los negros iba engrosando bajo las murallas del Cabo, en donde se disciplinaron resguardados por un campo fortificado. Ciertos auxiliares invisibles les enviaron fusiles y cañones. Unos acusaban á los ingleses, otros á los españoles, y otros á los amigos de los negros, de esta complicidad con los insurrectos. Estas sospechas eran absurdas. Los españoles estaban en paz con Francia, y la sublevacion de los negros era tan perjudicial para ellos como para nosotros. Los ingleses poseian un número triple de esclavos que Francia. Si el principio de la insurreccion, exaltado por el triunfo, se hubiese propagado entre ellos, hubiese arruinado infaliblemente sus establecimientos y comprometido la vida de sus colonos. Nadie era culpable de lo que estaba pasando sino la misma libertad, que no se oprime impunemente en una parte tan considerable de la especie humana. Esta sublevacion hallaba simpatías hasta en el mismo corazon de los franceses.

La debilidad de las resoluciones de la Asamblea al recibir la noticia de aquella catástrofe lo probó así. Mr. Bertrand de Molleville, ministro de Marina, mandó que se enviasen inmediatamente seis mil hombres á reforzar la guarnicion de Santo Domingo. Brissot atacó aquellas medidas represivas en un discurso en el que no temia cargar toda la odiosidad del crimen sobre las víctimas, ni acusar al gobierno de complicidad con la aristocracia de los colonos. «¿Por qué extraña fatalidad coinciden estas noticias con el momento en que la emigracion va en aumento, en que los rebeldes reunidos sobre nuestras fronteras nos anuncian una explosion próxima? Finalmente, ¿en qué consiste que cuando más apurados nos vemos, vengan las colonias á aumentar nuestra angustia, amenazándonos por medio de una diputacion ilegal con sustraerse al dominio de la metrópoli? ¿No puede ser esto una ramificacion de un gran plan combinado por la traicion?» La repugnancia de los numerosos amigos de los negros en tomar medidas enérgicas en favor de los colonos, la indiferencia del partido revolucionario hácia aquellos países, que por hallarse tan distantes del nuestro debilitaban en cierto modo la compasion hácia ellos, y finalmente, el movimiento interior que se llevaba tras sí los espíritus y las cosas, borraron bien pronto las impresiones que produjo aquella horrorosa matanza, y dejaron que se formase y engrandeciese en Santo Domingo el genio de la independencia de los negros, que aparecia ya en lontananza en la persona de un pobre esclavo anciano llamado Toussaint Louverture.



El duque de Orleans es insultado en las Tuilleries.—Pág. 296.

Los desórdenes interiores iban en aumento en todas partes; la libertad religiosa, que era el voto de la Asamblea constituyente y la gran conquista de la revolucion, no podia establecerse sin luchar entre un culto desposeido y un cisma nuevo que se disputaban mutuamente el dominio de las creencias. El partido contrarevolucionario se unia en todas partes al clero, porque ambos tenian los mismos enemigos y conspiraban contra una misma causa. Desde que se habia desposeido á los sacerdotes no juramentados, una parte del pueblo, sobre todo la de los campos, estaba unida á ellos. La persecucion es tan odiosa para el espíritu público, que hasta la apariencia de ella indigna á los hombres de corazon generoso. El espíritu humano se inclina ordinariamente á creer que la justicia está siempre de parte de los proscritos. Los sacerdotes no estaban perseguidos todavía, pero ya se les habia humillado. La irritacion sorda sostenida y fomentada por el clero ha sido más funesta á la revolucion que todas las conspiraciones de los aristócratas emigrados. La conciencia es el punto más sensible del hombre. La conspiracion más implacable es la que proviene de haber atacado una creencia, ó de haber inquietado el espíritu de un pueblo poniéndole trabas en el ejercicio de su religion. Haciendo visible la mano de Dios en las de los sacerdotes, es como la aristocracia logró sublevar la Vendée. Frecuentes y sangrientos síntomas revelaban ya en el Oeste y en Normandía el fuego oculto de la guerra religiosa.

El más temible de estos síntomas se manifestó en Caen. El abate Fauchet era obispo constitucional de Calvados. La celebridad de su nombre, el patriotismo exaltado de sus opiniones, el brillo de su fama revolucionaria, y finalmente, su palabra y sus escritos, sembrados con profusion por toda su diócesis, hacian que la agitacion fuese mayor en Calvados que en todo el resto de Francia.

Fauchet, á quien la conformidad de opiniones, la honradez de sus pasiones renovadoras, y hasta las ilusiones de su imaginacion, debian asociar en adelante á los actos y al suplicio de los girondinos, habia nacido en Dornes, pueblo de la antigua provincia del Nivernais. Abrazó el estado eclesiástico, y entró en la comunidad de sacerdotes de San Roque en Paris, siendo por algun tiempo preceptor de los hijos del marqués de Choiseul, hermano de aquel famoso duque del mismo nombre que fué el último ministro de la escuela de Richelieu y de Mazarino. Sus grandes dotes oratorias hicieron que brillase muy pronto en el púlpito. Contribuyeron éstas igualmente á que se le nombrase predicador del rey, abad de Montfort y vicario general de Bourges. Segun se ve, marchaba rápidamente hácia las primeras dignidades eclesiásticas; pero habia respirado ya el espíritu de su siglo, y esto le detuvo por un poco de tiempo en su carrera. Este eclesiástico no era un destructor, sino un reformador de la Iglesia en cuyo seno habia nacido. Su obra titulada *De la Iglesia nacional* confirma el respeto que profesaba en el fondo á la fe cristiana, así como descubre su gran audacia para transformar la disciplina de la Iglesia. Aquella fe filosófica, bastante semejante al platonismo cristiano que reinaba en Italia en tiempo de los Médicis, y áun en el palacio de los papas en el de Leon X, transpiraba en todos sus sermones. El clero se alarmó al oír que las máximas del siglo se proclamaban dentro del mismo santuario, y Fauchet fué suspenso y borrado de la lista de los predicadores del reino.

La revolucion iba á indemnizarle de este desaire abriéndole su tribuna. En cuanto estalló, se precipitó en ella á la manera que la imaginacion se precipita en la esperanza, y desde un principio peleó en su defensa con todas sus fuerzas y con cuantas armas estaban á su alcance. Fauchet removi6 el pueblo en las asambleas primarias y en las secciones; con la voz y con el gesto, empujó las masas sublevadas hasta conducir las bajo del cañon de la Bastilla. Viósele con el sable en la mano guiar y llegar el primero entre los que iban al asalto. Tres veces marchó expuesto al fuego del cañon á la cabeza de la diputacion que acababa de intimar al gobernador que evitase el derramamiento de sangre de los ciudadanos y que depusiese las armas. Su celo revolucionario no se manchó con la sangre ni con el crimen. Contentábase con inflamar el ánimo del pueblo por la libertad, persuadido de que era una virtud.

La naturaleza le habia dotado para desempeñar estos dos papeles, y en su fisonomía se advertian la grandeza y la majestad, comunes al gran sacerdote y al héroe. Su exterior prevenia y arrebatava á la multitud. Era de elevada estatura, cara ovalada y ojos y cabellos negros, lo cual hacia resaltar la palidez de su rostro. Su imponente á la par que modesta actitud infundia respeto y simpatía sólo con verle. Su voz clara, conmovida y sonora, su gesto majestuoso y sus expresiones un tanto místicas, excitaban en su auditorio tanta admiracion como recogimiento. Tan propio para la tribuna como para el púlpito, los salones de las asambleas electorales y las naves de las catedrales eran asaz estrechos para el inmenso pueblo que

acudia á oírle. Al verle, se figuraba uno ver un San Bernardo revolucionario predicando la caridad política ó la cruzada de la razon.

Sus costumbres no eran severas ni hipócritas. Confesaba él mismo que amaba á una mujer con un afecto legítimo y puro; ésta era madama Caron, que á todas partes le seguia, tanto á las iglesias como á los clubs. «Se me ha calumniado con respecto á esta mujer,—dijo en una ocasion;—desde entónces me he unido más á ella, y sin embargo, me he conservado puro. Vosotros habeis visto á esta mujer de alma más bella que su rostro, á quien conozco hace diez años, y cada dia me parece más digna de ser amada. Ella daria su vida por mí, y yo haria otro tanto por ella; pero nunca sacrificaría mi deber al amor que la profeso. Digan lo que quieran los aristócratas en sus atroces libelos, yo continuaré yendo todos los dias á casa de aquella señora á la hora de comer, para gozar á su lado de los encantos de una amistad pura. ¡Dicen que viene á oírme predicar! Sí, no os escandaliceis por eso, porque no hay nadie que sepa como ella con cuánta sinceridad creo yo en las verdades que profeso. ¡Se critica tambien que asista á las reuniones de la casa de ayuntamiento! Sí, asiste allí, porque está convencida de que el patriotismo es una segunda religion, y de que la hipocresía no tiene cabida en mi alma bajo ningun concepto, porque toda mi vida está consagrada á Dios, á la patria y á la amistad...» Indignados los sacerdotes que habian permanecido fieles al oír esto, le respondian por conducto del abate Valmeron: «¡Qué escándalo!... ¡Cómo os atreveis á sostener que sois casto, cuando vos mismo confesais tener las inclinaciones más desarrregladas y cuando habeis arrancado esa mujer del lecho conyugal y de sus deberes como madre, arrastrando en pos de vos á esa insensata para mostrarla á todo el mundo, haciendo alarde de una cosa de que deberíais avergonzaros? Por otra parte, ¿cuál es vuestra comitiva, caballero? Una turba de bandidos y de mujeres perdidas. Digno pastor de ese vil populacho, él celebra vuestra visita pastoral con las únicas fiestas que pueden seros agradables, y vuestro paso por los pueblos se señala por todos los excesos del latrocinio y del vicio.» Estas sangrientas reconvencciones hallaron eco en los departamentos é inflamaron los ánimos. Los sacerdotes juramentados disputaban el altar á sus contrarios, y viceversa. Por el ministerio de lo Interior acababa de expedirse una orden autorizando á los sacerdotes no juramentados para celebrar el santo sacrificio en las iglesias á que ántes habian pertenecido. Los sacerdotes constitucionales, obedientes á la ley, les franqueaban los templos y les daban los ornamentos para la celebracion; pero el pueblo, fiel á sus antiguos pastores, escarnecía y amenazaba á los nuevos. Entre los dos clerics habia habido ya más de una lucha sangrienta dentro de la misma casa de Dios. Una de las más terribles acaeci6 en Caen el viérnes 4 de Noviembre, en la parroquia de San Juan, en ocasion de presentarse á decir misa el antiguo cura de ella. La iglesia estaba llena de católicos, lo cual irritó extraordinariamente á los constitucionales é infundió grande ánimo en sus contrarios. Los partidarios del antiguo cura pidieron y cantaron en seguida un *Te-Deum* en accion de gracias por haber vuelto á ver en el templo á su legítimo pastor. Alentado éste por aquella demostracion de adhesion y cariño, anunció á los fieles que el dia siguiente volveria á la misma hora á decirles misa. «Paciencia,—añadió;—seamos prudentes, y todo irá perfectamente.»

Advertido el ayuntamiento de lo que habia pasado, mandó decir al cura que

se abstuviese de ir al otro día á la iglesia á celebrar, como lo habia anunciado. Con-
formóse el cura con aquella intimacion; pero el pueblo, que no tenia conocimiento
de lo que habia pasado entre él y la municipalidad, habia acudido á la iglesia, y
viendo que aquél no comparecia, empezó á pedir á gritos el *Te-Deum* y el sacer-
dote prometidos. Muchos caballeros de las inmediaciones y gran número de aris-
tócratas de la poblacion habian acudido á la iglesia, llevando armas ellos y sus
criados debajo de las capas. Empezaron éstos por insultar á unos granaderos, y
un oficial de la guardia nacional les reconvino por aquellos insultos. «Vos venis
aquí á buscar lo que no tardareis en hallar,—le dijeron los aristócratas;—nosotros
somos los más fuertes, y si no os marchais voluntariamente, os arrojaremos de la
iglesia á viva fuerza.» Apénas dichas estas palabras, todos los jóvenes se lanzaron
sobre la guardia nacional para desarmarla. Trábase el combate, brillan las bayo-
netas, y los pistoletazos resuenan bajo aquellas bóvedas, al mismo tiempo que los
combatientes se cargan á sablazos. Acuden á la iglesia las compañías de cazadores
y granaderos, la hacen evacuar, y persiguen los grupos, que continúan defendién-
dose á tiros por las calles. Algunos muertos y heridos son el resultado de esta triste
jornada. Restablécese la calma y se hacen hasta ochenta y cuatro prisiones. Sobre
uno de los detenidos se halla un plan de contrarrevolucion, la cual debia efectuarse
el dia siguiente. Este plan se remite á Paris, y entre tanto que viene de allí una
resolucion, se prohíbe á los sacerdotes no juramentados que vuelvan á celebrar en
las iglesias de Caen ínterin decide la Asamblea nacional lo que debe hacerse. Esta
oye indignada la relacion de aquellas reyertas, suscitadas por los enemigos de la
Constitucion y por los fautores del *fanatismo* y de la aristocracia. «No nos queda
otro partido—dijo Cambon—que el de convocar al supremo tribunal nacional y
remitir allí á los culpables.» Aguardóse no obstante á deliberar sobre esta propo-
sicion hasta que se recibiesen todas las piezas relativas á los alborotos de Caen.

Gensonné anuncia otros disturbios del mismo jaez acaécidos en la Vendée. Las
montañas del Mediodía de Francia, mal sujetas despues de la dispersion reciente
del campo de Jales, primer acto de la contrarrevolucion armada, se agitaban impul-
sadas por el clero y la nobleza. Los habitantes de las montañas tienen más apego
á sus antiguas costumbres que los de las llanuras, y parecen tan propios para resis-
tir á toda idea nueva, como lo son las breñas en donde han nacido para resistir á
las invasiones extranjeras. Parece que el aspecto de aquellas murallas naturales
infunde una gran confianza en su fuerza á los hombres que se han criado al pié
de ellas, y que aquella imágen material de la inmovilidad de las cosas les impide
dejarse arrebatarse fácilmente por el torrente impetuoso de los cambios.

Estos montañeses profesaban á sus nobles una adhesion voluntaria y tradicio-
nal, muy semejante á la que tienen los árabes por sus cheiks y los escoceses por
los jefes de sus clans. Este respeto y esta adhesion constituian el honor nacional
de aquellas agrestes comarcas. La religion, mucho más ferviente en el Mediodía
que en el resto de Francia, era para aquellas poblaciones una libertad sagrada,
contra la cual atentaba la revolucion en nombre de la libertad política. Para aque-
llos hombres, el libre ejercicio de su religion era preferible á la libertad que les
concedia los derechos de ciudadanía. Por esta razon, las nuevas instituciones les
eran odiosas; los sacerdotes fieles mantenian aquel odio, y le hacian aparecer como
un celo santo entre aquellas sencillas gentes. Los nobles sostenian el espíritu rea-

lista, excitando la compasion en el ánimo de aquellos pobres paisanos, poniéndoles
cada dia de manifiesto las desgracias del rey y de su familia, exagerando en las
relaciones que de ellas les hacian los ultrajes recibidos por su majestad, que por
otra parte eran suficiente por sí solos para enternecer aquellos leales corazones.

Mende, ciudad pequeña oculta en el fondo de los valles y situada á igual dis-
tancia de las llanuras del Mediodía que de las del Lyonnais, era el foco del espí-
ritu contrarrevolucionario. Confundidos el pueblo y la nobleza en una sola clase por
la medianía de las fortunas, por la familiaridad de las costumbres y por los fre-
cuentes enlaces de unas familias con otras, no habia entre estas dos clases aquellas
envidias y aquellos odios intestinos que tanto favorecian á la revolucion en otras
partes. Ni los paisanos eran envidiosos, ni los nobles conocian el orgullo. Sucedia
aquí como en España, único pueblo en donde la nobleza no tiene otra preeminencia
sobre los plebeyos que la que le daría el derecho de primogenitura en una misma
sangre, si nos es permitido decirlo así. Es muy cierto que estas poblaciones habian
depuesto las armas despues de la insurreccion verificada el año anterior en el campo
de Jales. Sin embargo, los corazones no estaban aún desarmados ni dispuestos á
deponer sus odios con la misma facilidad con que habian depuesto las armas.
Aguardaban aquellas provincias con ansiedad el momento favorable para insurrec-
cionarse en masa contra la capital, y los insultos hechos al rey por el populacho,
así como los que la Asamblea legislativa prodigaba á la religion, hacian que las
malas disposiciones de aquellos pueblos contra el gobierno llegasen hasta el fana-
tismo. La escarapela tricolor, signo de infidelidad á Dios y al rey, hacía muchos
meses que ya nadie la llevaba; enarbólabase allí la bandera blanca con cierta afecta-
cion, como un recuerdo y una esperanza en la vuelta de aquel orden de cosas á que
todo el mundo era adicto, aunque las circunstancias hiciesen que todos fuesen tam-
bien reservados.

El directorio del departamento, compuesto en su mayoría de forasteros, quiso
hacer respetar allí el signo constitucional, y para lograrlo envió á pedir tropa que
le apoyase. El ayuntamiento, al saberlo, celebró una sesion en la que resolvió ope-
nerse á la peticion del directorio; al mismo tiempo envió una circular á los demás
ayuntamientos de los pueblos inmediatos, invitándoles á hacer causa comun con él
y á oponerse todos reunidos al envio de tropas á aquellas comarcas. Estos acce-
dieron á lo que se les proponia. Entre tanto iba aproximándose ya la tropa enviada
desde Lyon, en conformidad á lo solicitado por el directorio. En cuanto llegó esta
noticia á oídos del ayuntamiento, disolvió la antigua guardia nacional, en cuyas
filas habia alguno que otro partidario de la libertad, y creó otra nueva, á la cual
le dió por oficiales los nobles y los realistas más exaltados de todos aquellos con-
tornos. Apoyado en esta fuerza, hizo el ayuntamiento que el directorio le entregase
las armas y municiones que tenia en su poder.

En esta disposicion se hallaba la ciudad de Mende cuando llegó allí la tropa.
La guardia nacional contestó al grito de ¡Viva la nacion! dado por las tropas, con
el de ¡Viva el rey!; y siguiendo á aquéllas hasta la plaza principal del pueblo, juró
en presencia de los defensores de la Constitucion no reconocer ni obedecer sino al
rey. Terminado este acto de valor, los guardias nacionales se pusieron á recorrer
las calles de la ciudad en grupos de ocho ó diez hombres, insultando á los solda-
dos en cualquiera parte en donde los encontraban. El resultado fué tirar unos y

otros de los sables, como era natural, y empezar el derramamiento de sangre. Perseguida la tropa, se reúne y toma las armas. Dueño el ayuntamiento del directorio, al cual guardaba como en rehenes, le obliga á que mande orden á las tropas para que se retiren á sus cuarteles. El jefe de la fuerza del ejército obedece esta orden sin poner el menor reparo. Envalentonada la guardia nacional con este triunfo, fuerza por la noche al directorio á que dé orden á las tropas para que inmediatamente evacuen la ciudad y el departamento. Entónces forma en batalla en la plaza, y á cada instante ve aumentarse sus filas con los guardias nacionales que van llegando sucesivamente de todas las poblaciones inmediatas, armados de escopetas, de hoces y de rejas de arado. La tropa conoce que va á ser sacrificada irremisiblemente si no se aprovecha de las sombras de la noche para efectuar su retirada, y desocupa inmediatamente la ciudad en medio de los gritos de victoria de los realistas. El día siguiente fué una no interrumpida fiesta en la cual los realistas de la ciudad y los del campo celebraron el triunfo que habían obtenido fraternizando juntos. Todos los signos de la revolución fueron insultados, hízose escarnio en público de la Constitución, saqueóse completamente la sala en que celebraban sus sesiones los jacobinos, incendiáronse las casas de los principales miembros de aquel odioso club y se prendió á algunos de ellos. Sin embargo, la venganza no pasó más adelante. Contento el pueblo por los nobles y por el clero, no derramó ni una sola gota de sangre de sus enemigos.

VI

En tanto que la libertad se veía amenazada y humillada del modo que acabamos de ver en el Mediodía, en el Oeste tenía sus manos en la sangre de innumerables víctimas. Uno de los focos más ardientes del jacobinismo era Brest. Su inmediación á la Vendée le hacía temer una contrarrevolución siempre amenazadora; la presencia de la escuadra, mandada aún por unos oficiales reputados por aristócratas, una población flotante de extranjeros, de aventureros y de marineros, accesible por sus vicios y por la clase de gente de que se componía á toda especie de corrupción y siempre dispuesta á cometer los crímenes más atroces, todas estas causas reunidas hacían que aquella ciudad fuese la más inquieta y que estuviese en mayor agitación que ninguna otra del reino. Los clubs no cesaban de incitar á los marinos á que se insurreccionasen contra sus oficiales. Los revolucionarios desconfiaban de la marina, cuerpo al cual por su independencia no es tan fácil comprometer á tomar parte en los movimientos populares como al ejército de tierra. La corte podía disponer de la marina como mejor le conviniese y volver sus cañones contra la Constitución. El espíritu de disciplina, el aristocrático y el colonial, todos eran igualmente contrarios á los nuevos principios. Así es que hacía ya mucho tiempo que todos los esfuerzos de los jacobinos tendían constantemente á introducir el desorden y procurar la desorganización de la escuadra. El nombramiento de Mr. de Lajaille para el mando de uno de los buques destinados á ir á socorrer á Santo Domingo aumentó las sospechas que tenía el pueblo de Brest de la fidelidad de los oficiales de marina, y fué causa de que estallase la insurrección. Los clubs designaban á aquel valiente marino como un traidor que iba á efectuar la contrarrevolución en las colonias. Asaltado en el momento de su embarque por un grupo de más de tres mil personas, vióse muy pronto cubierto de heridas, y arrastrado

en seguida por las calles, pudo libertar su vida merced á la heroica decisión de un hombre del pueblo que le escudó con su cuerpo y le arrancó de manos de sus asesinos, dando tiempo á que llegase un destacamento de la guardia cívica que sacó á entrambos de las garras de la muerte. Mr. de Lajaille fué llevado á la cárcel para satisfacer de este modo el furor del populacho. Inútil fué que el rey mandase una orden á la municipalidad de Brest para que dispusiese que aquel inocente oficial volviese á desempeñar sus funciones; inútil la petición del ministro de Justicia para que se castigase aquel asesinato, cometido en medio del día á presencia de toda la ciudad; inútil también el haber decretado un sable y una medalla de oro al generoso Lanvergent, que era el ciudadano que había salvado los días de Lajaille: el temor de otra nueva insurrección más terrible que la anterior aseguraba la impunidad de los criminales y retenía en la prisión al inocente. En vísperas de una guerra inminente, los oficiales de marina, asaltados á bordo por la insurrección, y en los puertos por el asesinato, tenían tanto que temer del pueblo y de las tripulaciones de los buques como de sus mismos enemigos.

Procurábase fomentar iguales discordias en todas las guarniciones entre los oficiales y la tropa. La insubordinación de ésta era á los ojos de los clubs la virtud principal del ejército. Los oficiales se veían amenazados continuamente por las conspiraciones de los regimientos. Las ciudades fortificadas eran un teatro continuo de sublevaciones militares, que siempre terminaban por la impunidad del soldado y por la prisión ó por la emigración forzada de los oficiales. La Asamblea, juez supremo y parcial, daba constantemente la razón á la indisciplina. No pudiendo refrenar al pueblo, le halagaba en sus excesos. En Perpiñan se vió otro ejemplo de lo que vamos diciendo.

En la noche del 6 de Diciembre, los oficiales del regimiento de Cambresis, que estaba de guarnición en aquel punto, fueron en corporación á casa de Mr. de Chollet, comandante general del distrito, á instarle á que se retirase á la ciudadela, porque estaban informados de que se tramaba una conspiración en los regimientos, en la que, á llevarse á cabo, podía peligrar su vida. Vencido por las instancias de la oficialidad, consintió el general en trasladarse á la ciudadela. Los oficiales se presentaron entónces en los cuarteles é intimaron á la tropa la orden de trasladarse con ellos inmediatamente á dicha fortaleza. Los soldados contestaron que no obedecerían otra voz que la de Mr. Desbordes, cuyo patriotismo les inspiraba la más completa confianza. Este llegó en aquel mismo instante y leyó á la tropa la orden del general; pero en su acento, en la expresión de su semblante y en su mirada conoció aquélla que su teniente coronel protestaba tácitamente contra la orden que la ley de la disciplina le obligaba á comunicar. Los soldados comprendieron perfectamente aquel lenguaje mudo. En seguida empezaron á gritar diciendo que no querían salir del cuartel, porque estaban destinados allí por el ayuntamiento. La guardia nacional se unió á los soldados, y juntos empezaron á patrullar por la ciudad. Los oficiales se encerraron todos en la ciudadela. Entónces empieza el fuego desde las murallas, y el teniente coronel Desbordes, á la cabeza del regimiento y acompañado de la gendarmería y de la guardia nacional, sube á la ciudadela y se apodera de ella. Los oficiales de Cambresis quedan prisioneros; sólo uno logra escaparse, y éste, desesperado por lo que había sucedido, se levanta la tapa de los sesos muy cerca ya de la frontera de España. Extiéndese en seguida el acta de acusa-